

Muestra

Muestra

Aventuras en la vida de un niño



Muestra

Aventuras en la vida de un niño



Salvador Beltrán Gutiérrez



Aventuras en la vida de un niño

Primera edición, mayo 2023

D. R. © 2023, Pie Rojo Ediciones

Av. Las Américas #1812 local 7
Fracc. El Dorado, C.P. 20235,
Aguascalientes, Ags., México
hola@pierojoediciones.com
www.pierojoediciones.com
Tel. 449 890 6260

© del texto: Salvador Beltrán Gutiérrez

© de la edición: Sandra Reyes Carrillo

© del diseño editorial y portada: María Estela González Acevedo

© de las ilustraciones: Patricia Monserrat Ortiz Guzmán

ISBN:

Impreso y hecho en México

Made and printed in Mexico

Prohibida la reproducción total o parcial
sin previa autorización de las editoras.



Pie rojo[®]
Ediciones

Dedicatoria

A los niños, creadores
de ilusiones,
que sólo con la
virtud de la inocencia
viajan en el globo
aerostático
de la libertad
al mundo de los sueños.

El autor

Muestra

Nota del autor

En esta historia se emplean datos innegables, tomados fielmente de personas y lugares que conocí durante la maravillosa década de 1960. Son momentos que viví como estudiante de primaria, por tanto, lo aquí narrado no queda lejos de la realidad. Y si a todo esto le agregamos el infortunio de la pobreza, en la cual viven la mayoría de los personajes de esta novela, se comprenderá que, a fuerza de necesidad, la pobreza es la única doctrina que adiestra y forja el carácter para enfrentar con osadía las injusticias que el destino pone en el camino.

Muestra

Prólogo

A principios del siglo XX, se edificó la vecindad de adobe de la que hablo en esta historia. Con el transcurrir del tiempo, sufrió modificaciones, pero aun así, lucía majestuosa. Estaba asentada en el centro de una hermosa provincia mexicana. Tenía una fachada estilo hacienda que resaltaba por su singular aspecto exterior, adornada por un arco sostenido de dos columnas *beige*, redondas; las paredes, color blanco, y la puerta de madera, de dos hojas, estaba labrada rústicamente y pintada de color paja. La puerta no tenía chapa, se cerraba por dentro con dos vigas de madera que estaban finamente lijadas; las trancas quedaban ensambladas entre las hendiduras de la puerta de madera y el piso de ladrillo.

Adentrándose al zaguán, resaltaba un foco muy grande que colgaba del techo e iluminaba por la noche, su luz se extendía hasta el patio e, incluso, hasta la calle, aunque la puerta se encontrara cerrada. Siguiendo el camino por el largo y angosto pasillo, se hallaban las primeras seis viviendas con numeración alternada: a la derecha, se ubicaban los números nones, y a la izquierda, los números pares. El patio medía diez metros de ancho

por quince de largo. Todo este espacio no estaba techado. Al final, ése era el principal punto de reunión de los niños y adultos, algo así como el corazón de la vecindad, donde todos se reunían los fines de semana para conversar y escuchar música.

En ese patio, abajo, había cuatro viviendas, y arriba, otras cuatro. Al lado izquierdo se encontraba una escalera de concreto sin pasamanos, el barandal estaba pintado de color verde, al igual que las puertas y ventanas de toda la vecindad. En la parte baja, frente a las viviendas marcadas con los números 7 y 9, se encontraban los lavaderos y las pilas con agua, cubiertas por un techo de lámina galvanizada, maltrecha por las inclemencias de los rayos del sol y las lluvias. Y al fondo, separados con letreros coloridos, estaban las bañeras y los baños. En total eran catorce viviendas, algunas no tenían corriente eléctrica y en su lugar usaban velas o veladoras de cera.

Lo que llamaba la atención de esa vecindad, después de la fachada, eran sus pisos de ladrillo rojizo en las viviendas, el patio y el zaguán; siempre estaban limpios y adornados con macetas de aromáticas flores. Los inquilinos eran muy trabajadores, la mayoría tenían hijos en edad escolar. Desde muy temprano había movimiento y bullicio: unos iban y otros venían, se encontraban y saludaban mientras seguían su camino con una sonrisa a flor de piel, pese a todos los problemas que cargaban. Doña Florencia, antes de las seis de la mañana ya estaba barriendo el zaguán y la calle, así, se encontraba la puerta abierta, con sus dos hojas detenidas con una piedra a cada lado. A esa misma hora, algunos inquilinos ya iban de camino a su trabajo, mientras las madres preparaban

el lonche de sus hijos para mandarlos a la escuela. Se notaba la pobreza en unos más que en otros, pero mostraban fortaleza ante la adversidad de la vida. Esta historia tiene sus inicios en el mes de julio de 1963.

Salvador Beltrán Gutiérrez

ÍNDICE

Muestra

- 17 La luz de Rosa
- 21 Cálida Navidad
- 25 Los niños de las paletas de hielo
- 29 Truco fallido
- 33 El cumpleaños de Santiago
- 37 Una comida inesperada
- 41 Los inquilinos del 5
- 47 Día de Muertos
- 51 Luz en el patio

- 55 Un día en la feria
- 59 Un festejo muy especial
- 63 Una maestra inolvidable
- 67 El concurso de lectura
- 72 La temporada más hermosa del año
- 75 Amargas injusticias
- 87 Alegres vacaciones
- 83 El gran sueño de Santiago
- 91 El Día de las Madres
- 95 El pequeño gran mundo de Santiago
- 97 Fin de cursos
- 101 Un paseo maravilloso



1

La luz de Rosa

Era un amanecer de julio de 1963. Hacía un grato verano. En un rincón del patio de la vecindad se encontraba Santiago, un niño de apenas siete años, delgado y de ojos negros, que jugaba alegremente con sus figurillas de indios y vaqueros, caballos y carretas. Ese patio, donde antes hubo un árbol de limas, era el lugar predilecto de Santiago. Cerca de él se encontraban sus hermanas: Mercedes, Rebeca, Dolores y Rosa.

Mercedes era una niña alegre, delgada y de estatura alta para tener seis años. Rebeca, de tres años, tenía pelo ondulado y era muy inquieta; ambas jugaban a las muñecas debajo de la escalera. Junto a ellos se encontraba Dolores, la hermana mayor; de cabellera negra y larga, tenía once años y se encargaba de cuidar y alimentar a sus hermanos, incluso a Rosa, una criatura muy tranquila de tan sólo cinco meses. Matilde era la madre de los cinco, trabajaba en una fábrica de deshilados y bordados;

y tenía que hacerlo arduamente y con responsabilidad para poder mantener a sus hijos.

El vecino, don Pedro, vivía con su esposa, en el número dos. Era un hombre de unos cincuenta años, robusto y muy alegre. En el zagúan tenía un puesto de dulces; les decía frases graciosas a los niños cada vez que compraban golosinas; vendía rellenas de coco, cajeta o piña. “Ricos dulces de piña para la niña, invítales a tus hermanos para que no riñan”, le dijo un día a Rebeca. Así pasaba el tiempo para los habitantes de la vecindad.

El último día del mes de julio Matilde no fue a trabajar. Era temprano cuando Santiago observó que mecía a su hermanita Rosa en sus brazos y lloraba silenciosamente. Caminó lento hacia ella y con su tierna voz, le preguntó:

—¿Por qué lloras, mamá?

A lo que Matilde, con una expresión entrecortada por el dolor, le respondió:

—Tu hermana Rosa murió.

Al escuchar la triste noticia, Mercedes, Rebeca y Dolores bajaron de su cama y se unieron en silencio a la pena. La luz de Rosa se apagaba en la tierra, pero su alma se elevaba como un ángel hacia el paraíso de Dios. Los niños no sabían que, desde su nacimiento, Rosa había tenido delicados problemas en el corazón y, al final, eso la había llevado a la muerte.